

de negro y blanco y con muchos plumajes en la cabeza. El general y los demás los recibieron con mucha alegría y les dieron muchas cosillas y mucho pescado que con el chinchorro se había delante de ellos pescado. El embije de negro era como plateado y azul; y preguntándole por señas, qué era aquello, mostraron unas piedras de metal de que lo hacían, y dijeron por señas que de aquellas piedras sacaba una gente que había la tierra adentro, que eran barbados y usaban vestidos como los españoles y hacían y sacaban unas cintas galanas, señalando ellos eran como los pasamanos que los soldados tenían en los coletos de ante; y que eran también como uno que tenía el general en un calzón de terciopelo morado; y que aquellos hombres, que ellos decían, usaban de las galas y vestidos como nuestros españoles y que se les parecían. Con el buen tratamiento que esta vez se les hizo quedaron engolosinados; y así cada tercer día venían por bizcocho y pescado y ellos traían pieles de martas y de gatos y de otros animales y redecillas con que ellos cazaban.

Hay en el puerto mucho pescado blanco y lizas, ostiones, almejas, langostas, centollas y sardinas, y en unos esteros, que por la tierra hay, se vieron muchos gansos y ánsares blancos y grandes patos, codornices, liebres y conejos. Es la tierra muy fértil y llana; y hay cerca de la misma playa lindísimos prados. El general y el padre fray Antonio con otros soldados corrieron la tierra y la miraron, y contentó a todos su buen cielo y temple. Habiéndose prevenido y hecho todo lo que ordenó el general, se dio orden en salir de allí para proseguir su viaje comenzado; y así fue la salida de este puerto, a veinte días de el mes de noviembre, miércoles. Aquí confesaron y comulgaron todos, antes de salir, porque iban ya muchos soldados enfermos y se habían muerto ya algunos de los de consideración y más prendas; y así fueron prosiguiendo su viaje la capitana y almiranta juntas; y la fragata iba cerca de tierra, mirando lo que había.

CAPÍTULO LIII. *En que se trata de lo que le sucedió a esta armada desde que salió de el puerto de San Diego hasta llegar al puerto de Monte-Rey*



PROSIGUIENDO SU NAVEGACIÓN ESTA ARMADA, desde que salió de el puerto de San Diego comenzó el viento norueste (rey y señor absoluto de aquella costa) a ventar, como solía; y poco a poco llegaron las naos a vista de una ensenada, y en tierra de ella había mucha frescura y grandes humos de los fuegos que los indios hacían y levantaban para que allí llegasen las naos, y llegando allí no hubo donde las naos pudiesen estar seguras de el viento norueste; y por esta razón pasaron adelante, y pocas leguas de allí vieron una grande isla, casi doce leguas apartada de la tierra firme y así fueron a reconocerla; y el día que se vio fue de la gloriosa mártir Santa Catalina, y por esto se llamó de este nombre; y a veinte y ocho de

noviembre surgieron las naos junto a ella, y antes de llegar a ella se divisó otra mucho mayor que estaría al sudeste de esta de Santa Catalina y dejáronla sin reconocer hasta la vuelta de el viaje. Antes de llegar a esta isla comenzaron los moradores de ella a hacer humos, y cuando vieron que ya estaban allí las mujeres, niños y hombres viejos, comenzaron a dar voces y hacer mucho regocijo, en señal de alegría y se bajaron de unos montecillos a la playa a llamar la gente recién venida. El general mandó, luego como llegaron allí, al almirante Toribio Gómez, que con el padre fray Antonio de la Ascensión y con el capitán Peguero y con el alférez Alarcón y con dos docenas de soldados arcabuceros, fuera a tierra a ver qué quería aquella gente y viese qué tenía aquella isla y le diese aviso. Cuando la gente que iba con el almirante saltaba en tierra se llegaron allí muchos indios viejos e indias y muchachos, con tanta afabilidad y llaneza como si se hubieran otra vez visto con españoles; pidióseles por señas agua y trajeron una botija de ella hecha de juncos, a manera de garrafa, y era buena; pero traíanla de allí algo lejos, de una muy pequeña fuente, toda cercada de zarzos y sabinas, de las cuales cosas hay abundancia en esta isla. Diose aviso al general de lo que se había visto y se tornaron a las naos por aquella noche. El día siguiente mandó el general se sacase recado para hacer en tierra, donde el padre fray Andrés y el padre fray Antonio dijieran misa (el padre fray Tomás ya venía enfermo), y así salió toda la gente a tierra a oír misa. En esta ocasión se había llegado allí grande número de indios, de buenos cuerpos y fornidos, que el día antes todos andaban pescando en unas canoguelas que ellos usan, de tablas bien hechas como barquillos, con las popas y proas levantadas y más altas que el cuerpo de la barca o canoa. Algunas de éstas son tan grandes que caben veinte personas y por lo menos andan de ordinario, en cada una, tres personas; cuando van a pescar dos hombres y un muchacho, los dos para remar y el muchacho va echando fuera el agua que va entrando dentro. Viéronse aquí este día muchas cosas que con brevedad pienso contarlas.

Digo que el modo que tienen en pescar estos indios es gracioso, fácil y gustoso; de los sabinos sacan unas varas muy largas y delgadas y en cada una de ellas ponen como postizo un arpón hecho de huesos de pescados; y en este arpón atan un cordel largo y llevan estas varas en sus canoas; y en viendo el lobo marino o pez razonable en el suelo, cerca de las peñas, los clavan con los arpones de estas varas; y como el arpón queda asido al pez, danle cordel hasta que de cansado le sacan a la orilla si es grande; y si es pequeño lo suben a la barca. Con este artificio cogen estos indios todo el pescado que quieren y muchos lobos marinos, de los cuales se aprovechan para comer y para cubrir sus carnes, que con pieles de estos animales marinos se cubren, así las indias como los indios. Las indias son bien agestadas, de muy lindos ojos y de rostro, muy modestas y honestas. Los niños y niñas son blancos y rubios y todos en común muy afables y risueños. Usan estos indios de unas grandes cabañas para sus moradas y de vasijas de juncos tupidos en que tienen y traen agua. Hay en esta isla mucha cantidad de unas como papas y jícamas pequeñas; y los indios

pasan a venderlas a la tierra firme, que viven de comprar y vender. Hay en esta isla y en todas las que diré adelante mucha gente y en especial en esta isla hay muchas rancherías o vecindades; en ella se halló un templo donde ellos hacían sus sacrificios y era un patio grande y llano, y en la una parte de él, que era donde ellos tenían el altar, había un círculo redondo, grande todo, rodeado todo con plumas de varias aves de diferentes colores, que entiendo eran de las aves que a sus ídolos sacrifican muchas. Y dentro de el círculo había una figura pintada de varios colores, como de demonio, al modo y usanza que los indios de esta Nueva España le suelen pintar, y a los lados tenía la figura de el sol y de la luna. Aquí sucedió que cuando los soldados llegaron a ver este templo había dentro del círculo dicho dos grandísimos cuervos, mayores harto que los ordinarios; y como llegaron los españoles se volaron de allí y se pusieron en unas peñas que cerca de allí había; y los soldados, como vieron que eran tan grandes, les apuntaron con los arcabuces y matáronlos ambos, de lo cual comenzó a llorar y hacer grandes sentimientos un indio que con los españoles hasta allí había ido. Yo entiendo que les hablaba el diablo en estos cuervos, porque les tenían grande respeto y veneración; y vio uno de los religiosos que allí iban, estar lavando unas indias en la playa unos pescados para comer ellas y sus maridos e hijos; y se llegaron a ellas unos cuervos y las quitaban con el pico el pescado de la mano y ellas callaban y no los osaron ojear o espantar de allí y se espantaban de ver que los españoles les tiraban de pedradas.

Hay, sin las cosas dichas, en esta isla muchos puertos y buenos y mucho pescado, en especial mucha sardina, grande y buena y de otros peces. Hay perdices, codornices, conejos, liebres y venados. Muchos de estos indios se quisieron venir con la armada; son muy ingeniosos y son sutilísimos de manos para tomar y hurtar cualquier cosa y para ponerla en cobro, que si no fuera por ser largo, contara algunos lances que hicieron; que dudo que gitanos sean más avisados en esta facultad. Reconocida esta isla por diferentes partes y sitios, partió esta armada de ella a 25 de diciembre, con blanco de ir a reconocer otras que por allí había y de pasar a la costa de la tierra firme, para irla reconociendo y demarcando. Desde esta isla se van siguiendo una renglera de islas, en renglera y por orden, a cuatro y a seis leguas unas de otras; unas son grandes y otras pequeñas y todas están llenas de gente y todos los de estas islas se tratan unos con otros y se comunican y contratan con los de la tierra firme. Tomarán todas estas islas, en largo, desde la primera hasta la postrera, casi cien leguas, que van seguidas unas con otras como va la costa de la tierra firme; y como son tantas tan grandes y tan juntas, los que vienen de Filipinas a la Nueva España, siempre entendieron eran tierra firme todas estas islas, y así siempre se han apartado de ellas; mas como dijimos, no es tierra firme, sino islas y muy pobladas de gente, y entre estas islas y la tierra firme hay muy buen pasaje y ancho por partes; hay doce leguas y por otras diez y por lo más angosto habrá ocho leguas de ancho. Llamóse este pasaje el canal de Santa Bárbara; está tendido de oriente o poniente. Habiendo, pues, llegado estas naos cerca de la tierra firme al principio de el canal de Santa Bárbara,

salió de tierra firme una canoa con cuatro remeros y en ella venía un indio, que era el señor o rey de aquella costa o tierra firme. Esta canoa llegó a la nao capitana y con grandísima diligencia y presteza dio tres vueltas al rededor del navío, cantando todos los que iban en ella en su lengua, al modo que cantan los indios en la Nueva España, al mitote, y luego se llegaron a ella, y sin recelo alguno ni temor, entró dentro de la dicha nao capitana aquel indio reyezuelo o cacique de aquella tierra; y lo primero que hizo en entrando fue dar al rededor de la plaza de armas otras tres vueltas cantando y luego delante de el general y de los demás hizo un largo razonamiento en su lengua, que no se le entendió cosa de las que dijo; y habiéndole acabado, por señas claras dijo cómo los de la isla de Santa Catalina le habían avisado, por cuatro vías con canoas, cómo habían llegado allí aquellos navíos y que era gente vestida y barbada y de buen corazón y buen trato los que en ellos venían; y que los habían regalado y dado muchas cosas que saliesen a verlos, y que por esta información y aviso había venido allí a ofrecer su tierra y regalo, si lo quisiesen recibir, que él lo suplicaba, pedía y rogaba, que se llegasen con los navíos a tierra y que allí les proveyera de lo que hubiesen menester; y como no viese mujer alguna en el navío, preguntó por ellas, por señas, señalando las partes de su puridad y fue tan al natural la seña, que si hablara en nuestro español, no pudiera decirlo más claro. El general le dijo que no las llevaban, ni las habían menester; entonces el indio importunó al general con más eficacia se fuera a su tierra con la gente que traía, que él le prometía de dar a cada uno de todos los que en el navío iban, diez mujeres; de lo cual se rió toda la gente mucho, y el indio, entendiendo que era por burlar de él y que no haría lo que prometía, tornó a dar sobre ello, diciendo fuese un soldado en la barca que él había venido a su tierra a ver si era verdad lo que él prometía y que él quedaría en rehenes, con un hijo suyo en el navío, en el ínterin que el soldado fuese. Parecióle al general consultar sobre ello a los del consejo, y acordóse que por ser ya de noche no se hiciese nada hasta la mañana del día siguiente; y que si entonces se viese había comodidad para estar las naos, que se irían, que se fuese el indio a su tierra y que a la mañana iría. Con esto despidieron al indio, habiéndole dado el general algunas cosillas, y él se fue muy contento para mandar aperebir con qué regalar los nuevos huéspedes y convidados. Dentro de una hora, después que el indio se fue, sobrevino un viento sueste, que en todo el tiempo que había que navegaban no había habido otro; y como era a popa, parecióle al general y a los demás que se aprovecharan de la ocasión y que a la vuelta llegarían a ver lo que aquel indio decía; y así dieron velas a los navíos y aquella noche fue la navegación muy a gusto, de suerte que fue a las siete de la tarde, a 3 de diciembre, víspera de Santa Bárbara, cuando comenzó este viento y duró hasta las ocho del día siguiente, y ya entonces estaban las naos casi en las últimas islas del canal, que son seis, a dos leguas unas de otras, y será el canal de más de veinte y cuatro leguas de largo. La costa de la tierra firme es muy vistosa y llena de arboleda y por toda ella hay muchas poblaciones de indios.

El día de Santa Bárbara, en la noche, sobrevino el viento norueste que causó harto trabajo y aflicción; porque como era de noche y entre islas y en canal, la mar anduvo bravísima y el temor fue aún mayor por no perderse en alguna isla, a causa de las muchas que allí había; y sin esto duró toda aquella noche y dos días siguientes. El día de San Nicolás amansó, y poco a poco fueron las naos adelante; en este paraje se perdió de vista la fragata entre aquellas islas. Con la bonanza que digo, salieron estas naos de entre las islas, y llegándose a la tierra para ir a reconocerlas vieron ser muy alta y montuosa y a su abrigo hay algunas ensenadas y de una de ellas salieron cuatro canoas de juncos, y en cada una dos indios desnudos, las cuales se vinieron derechas a las naos; y llegando a ellas dieron con mucha liberalidad mucho pescado que traían y en especial sardinas saladas y salpresadas, que ellos traían para cebo de otros peces mayores; no hablaron palabra estos indios, y por señas decían cuanto querían. Son más altos, dispuestos y membrudos que otros que antes se habían visto, y traían algunas pieles de cabra, con que cubrían sus carnes. Diéronles la gente de las naos algunas cosas de comer y de vestido y ellos se tornaron muy contentos a sus tierras. Dieron muestra estos indios de buenos naturales y dóciles y de no ser ladrones, ni quisieron tomar cosa alguna si ellos no daban antes algo por ella. Poco más adelante, el día siguiente, vinieron también otros indios, que sucedió lo propio con ellos que con los pasados, que todos se parecían muchos. Éstos importunaron a que fueran estas naos a su tierra y ofrecieron mucho regalo de pescado y bellotas, que es su comida y sustento ordinario. Agradecióselos la buena voluntad y con él algunas dádivas que le dieron de comida, vestido y sartas de cuentas, se tornaron muy contentos de haber visto tan buena gente. En este paraje alcanzó la fragata a las naos y dijeron cómo los indios de aquellas islas los habían regalado con pescado y bellotas, y que todas están llenas de gente. Luego como llegó la fragata, mandó el general fuese tierra a tierra mirando si había algún puerto, porque estaba toda la costa obscura, con una espesa neblina y aquí sobrevino otro poco de viento, acomodado a la navegación, que duró casi hasta 14 de diciembre que aclaró un poco el día, y se hallaron estas naos cerca de una sierra muy alta y blanca y por lasaldas toda bermeja, de mucha arboleda, y llamóse esta sierra de Santa Lucía y ésta es la que vienen a reconocer de ordinario las naos de China. Cuatro leguas más adelante entra un río en la mar, por entre unas peñas, que baja de unas sierras altas y blancas, que todo él está, por las orillas, lleno de álamos blancos y negrillos y de sauces y zarzas y de otras arboledas de España; llamóse este río del Carmelo. Dos leguas más adelante está un famoso puerto, que entre él y el río dicho hay un monte de pinos, de dos leguas de travesía y hace una punta la tierra para la entrada del puerto, que se llamó Punta de Pinos. En este puerto entró esta armada, para dar orden en despachar aviso a la Nueva España, y fue a 16 de diciembre.